

## BOLETINES BIBLIOGRAFICOS

### BIBLIA Y VIDA ESPIRITUAL

M. A. Fiorito, S. J. (San Miguel)

Vamos a comentar una serie de libros que pertenecen —salvo algunos, como en su momento explicaremos— al campo de los *estudios bíblicos* y cuyos autores, o bien pretenden *conscientemente ayudarnos* en nuestra vida de oración, o bien pueden ser *útilmente aprovechados, al menos remotamente*, para prepararnos para nuestra oración o nuestra acción.

La Biblia es muy rica, porque es la Palabra de Dios. Decía San Efrén, Diácono (comentando el *Diatreseron*, en la segunda lectura del Domingo VI de Pascua de la Liturgia de las Horas): “¿Quién hay capaz, Señor, de penetrar con su inteligencia y su corazón una sola de tus frases? Como el sediento que bebe de la fuente, *mucho más* es lo que dejamos que lo que tomamos... Alégrate, por lo que has alcanzado, sin entristecerte por lo que te queda por alcanzar. El sediento se alegra cuando *bebe*, y no se entristece porque no puede *agotar* la fuente. La fuente ha de vencer tu sed, pero tu sed no ha de vencer la fuente... Da gracias por lo que has *recibido* y no te entristezcas por la abundancia *sobrante*... No se esfuerces avaramente por tomar de un solo sorbo y *en una sola ocasión* lo que no puede ser sorbido de una vez, ni desistas por pereza de lo que puedes ir tomando *poco a poco*”.

Hemos subrayado en el texto de San Efrén dos aspectos del mismo: la Palabra de Dios *excede* nuestra capacidad; y se trata de la capacidad *no sólo de nuestro corazón sino también la de nuestro entendimiento*. Porque a continuación iremos mostrando cómo lograremos no sólo que *nuestra capacidad del corazón* pueda siempre encontrar respuesta en la Palabra de Dios (diremos que es mediante la “repetición” de la oración sobre el mismo tema bíblico), sino también que *nuestro entendimiento* sea ayudado a penetrar más y más en el tema bíblico.

Precisamente para esto último consideramos que, al preparar la oración, no sólo es bueno leer un comentario más espiritual de la Palabra de Dios —como la hacen algunos de los libros que a continuación comentaremos— sino que conviene tener también en cuenta comentarios más técnicos —exegéticos, histórico-literarios, filológicos... — Más aún, pensamos que esto último lo tienen que hacer sobre todo los que hacen oración no sólo para alimento de la propia “ánima devota”, sino también para prepararse para tratar con los “prójimos”.

\* \* \*

El primer libro que vamos a comentar es el H. Vanni, *El Apocalipsis*<sup>1</sup>: es, como lo indica su subtítulo, una introducción y un comentario a esta obra inspirada que, junto con la carta a los Hebreos, ha sido hasta el momento una parte de la Escritura Sagrada muy hermética para el lector común; y que

<sup>1</sup> H. Vanni, *Apocalipsis* (introducción y comentario), Ediciones Paulinas, Buenos Aires, 1980, 111 págs.

ahora, gracias al trabajo de Vanni y de otros exegetas modernos, se pone al alcance del lector común en la Iglesia.

La primera parte es "una introducción general al Apocalipsis, libro que, como decía Dionisio de Alejandría, produce fascinación y vértigo a la vez. Sólo al hojearlo, le parece que alguien le preguntara a uno: ¿Entiendes lo que vas leyendo?; y uno siente la necesidad de responder: ¿Cómo lo puedo entender si nadie me hace de guía? (cfr. Hch. 8, 30-31). Pues bien, la introducción general de Vanni es eso, una guía" (p. 5). Comienza por presentarnos el libro llamado, en la Iglesia, del Apocalipsis, su género literario, su estructura, su lengua y estilo, su autor (en la medida en que esto se puede determinar). Siguen, dentro de la misma Introducción, dos capítulos importantes: por una parte, el *mensaje teológico* del Apocalipsis (temas generales y temas específicos, y el tema teológico de fondo); y por la otra parte, los *criterios hermenéuticos*.

El "mensaje teológico" del Apocalipsis, el de fondo, es "el de una comunidad situada en el desarrollo lineal de la historia de salvación... (que) se pone, ante todo, en un estado de purificación interior sometiendo al juicio de la palabra de Cristo (carta a las siete iglesias, después de la visión inicial). Cumplida esta... purificación, estará en condiciones de comprender, mediante una reflexión de tipo sapiencial actuada en un contexto litúrgico, su hora, su relación con las fuerzas exteriores hostiles y obrar en consecuencia" (p. 18). Lo interesante es que esta "reflexión sapiencial", hecha bajo la guía de Vanni, tiene valor en cualquier época o etapa de la historia de salvación (otras reflexiones, en cambio, consideran el Apocalipsis como un desarrollo lineal de la historia de salvación). Porque se ha dicho que el contenido del Apocalipsis es la historia. Pero, ¿qué historia? Unos han dicho la contemporánea del autor; otros, en cambio, la historia futura, la universal de la Iglesia. Las referencias y vinculaciones con hechos contemporáneos son innegables en el Apocalipsis; pero no parece que se quede en ellos. El simbolismo arranca esos hechos de su concreción histórica, haciendo de los mismos una lectura teológica y paradigmática que los convierte en "formas de inteligibilidad teológica": tomadas individualmente, avanzan o retroceden respecto al desarrollo lineal; tomadas en su conjunto, constituyen como un gran paradigma de inteligibilidad teológica que puede aplicarse a cualquier realidad histórica concreta. La historia concreta —del pasado, o del futuro, como en una profecía— no es, por tanto, el contenido propio del Apocalipsis, sino estas "formas de inteligibilidad" que, casi "a priori", deberán llenarse —en cada época y en cualquiera de la historia concreta de la Iglesia— del contenido histórico concreto, primero iluminándolo y a continuación vaciándose del mismo, para volver a servir como "forma de inteligibilidad" de nuevos acontecimientos.

De aquí la importancia que tiene, para Vanni, los que él llama los *criterios hermenéuticos* del Apocalipsis, en base a los cuales se hace la "reflexión sapiencial"; y la otra ayuda de esta reflexión, que es el Espíritu Santo. Lo primero —los criterios— lo ocupa a Vanni. Expone el aspecto literario, el simbolismo del Apocalipsis, los contactos literarios y temáticos con el Antiguo Testamento y el "hermetismo" (el rasgo más peculiar del Apocalipsis). Y, a propósito de este último, Vanni afirma que "comporta un cierto margen de indeterminación, una dosis irreductible de opacidad. La interpretación exegética —es importante que esto lo diga un verdadero exegeta— descifrando los símbolos, iluminando las equivalencias realistas, estudiando los contactos con el Antiguo Testamento, tomando conciencia de todos los datos literarios posibles, etc., reduce este margen de incompreensibilidad. Pero la *mayor reducción posible* —somos nosotros los que subraya-

mos, porque nos interesa esta observación, como simples cristianos (y no exegetas de profesión) que somos— *no se halla por* vía de estudio e investigación. El Apocalipsis es un libro destinado a la lectura litúrgica. *Es la asamblea eclesial... la que opera*, en forma intuitiva y existencial, *la mayor síntesis posible* entre la forma de inteligibilidad y la materia concreta" (pp. 23-24). En otros términos, es el Espíritu Santo quien actúa tanto en la asamblea eclesial como en cada uno de sus miembros vivos, y quien nos enseña el mensaje que el Apocalipsis tiene para todos, en cualquier época de la Iglesia.

La segunda parte es un comentario del Apocalipsis, por grupos de versículos, a los que precede el texto —tomado de la edición de la Biblia publicada por las mismas Ediciones Paulinas—. Cierra el libro una bibliografía selecta.

Creemos que este libro, bien editado por Ediciones Paulinas, hará mucho bien al lector: Vanni es un buen exegeta (su tesis doctoral la hizo precisamente sobre el libro del Apocalipsis); y además —y no es lo menos importante— tiene confianza en la ayuda que el Espíritu Santo prestará a todo lector del libro inspirado que comenta.

G. Mora, en *La Carta a los Hebreos como escrito pastoral*<sup>2</sup>, estudia la otra obra inspirada que, como decíamos cuando presentamos la obra anterior, era hasta hace poco tiempo uno de los libros más difíciles de leer y que ahora, gracias al trabajo de varios especialistas, se está acercando al lector contemporáneo.

La posición tradicional veía, en la Carta a los Hebreos, una obra polémica —o, como entonces decíase, apologética— que tendía a demostrar que el nuevo orden invalidaba el antiguo, y que el culto cristiano sustituyó al antiguo. Si esto fuera así, no sería una Carta actual, porque hoy no se plantea la alternativa entre una y otra Alianza, entre uno y otro culto. La posición de Mora es otra. Parte en su estudio del trabajo de Vanhoye sobre la estructura literaria de la Carta a los Hebreos, y estudia de propósito Hb. 5,11 a 6,20 como preámbulo parenético a toda la Carta (y que para Vanhoye<sup>3</sup> es, más concretamente, la introducción a la parte tercera, central de toda la Carta, sobre el valor incomparable del sacerdocio y del sacrificio de Cristo).

Hb. 5,11 a 6,20 es, para Mora, el texto clave para la interpretación de toda la Carta (pp. 15-48), pues explica la situación de los destinatarios: negligencia, incredulidad, y finalmente perspectivas de apostasía (pp. 48-130). Con esto se cierra la primera parte de la obra de Mora, que continúa, en la segunda, con el tema de la unidad doctrinal de los Hebreos, estudiada a través de las seis principales transiciones de la Carta. Como resume un crítico, "existen... en Hb. dos estilos claramente diferenciados: el doctrinal y el parenético. Analizar sus múltiples relaciones para ver si la Carta a los Hebreos tiene unidad de fondo, es lo que constituye el trabajo más importante de esta investigación que aporta G. Mora a la historia de la exégesis de Hb..."<sup>4</sup>.

Mora estudia las seis transiciones —sobre todo la de 10,19-25— que

<sup>2</sup> G. Mora, *La Carta a los Hebreos como escrito pastoral*, Herder, Barcelona, 1974, 261 págs.

<sup>3</sup> Cfr. A. Vanhoye, *El mensaje de la Carta a los Hebreos*, Editorial Verbo Divino, Estela (España), 1978, p. 30. Más adelante comentaremos esta obra, parte de una colección española titulada *Cuadernos Bíblicos*.

<sup>4</sup> Cfr. *Selecciones de Libros*, 13 (1976), p. 145.

en la Carta se dan de un estilo al otro —doctrinal y parenético— y concluye que los fragmentos doctrinales están en función de los parenéticos (de aquí el título de esta obra: La Carta a los Hebreos como escrito pastoral).

Una conclusión sintetiza los principales resultados de todo el estudio (pp. 234-248): la Carta a los Hebreos se dirige a cristianos de una "segunda generación" y que, pasado el primer fervor, viven la "historia" de su fe. Consecuentemente, la Carta sigue siendo actual —y lo será siempre— porque, así como, después del despertar de la Iglesia en el Concilio Vaticano II, nuestra "segunda generación" —como los destinatarios de la Carta a los Hebreos— se ha sentido llamada a la antigua fe, así volverá pasar en todos los tiempos futuros de la Iglesia.

La obra de Mora, tesis doctoral, tiene una bibliografía seleccionada —completada con las citas al pie de página— que recoge lo mejor de lo publicado sobre el tema hasta 1972; y termina con un índice de citas (selección) de la Biblia y de autores antiguos. Se le pueden hacer críticas de detalles, y aún globales, y señalar olvidos o silencios, incluso exageración en algunos análisis (defecto esta último que hace difícil su lectura corrida)<sup>5</sup>. Pero no se le puede negar interés a su consulta, sobre todo, en algunas páginas más logradas: por ejemplo, sobre la "segunda generación" y sobre la "actualidad" de la Carta en cualquier época de la Iglesia —porque siempre habrá, por la debilidad humana, una "segunda generación"—. Por lo demás, no nos debe asustar el "tecnicismo" de este trabajo, que puede requerir una doble lectura: una primera lectura para descubrir los comentarios que más pueden ayudar a la oración; y una segunda, como preparación inmediata a la oración sobre la Carta a los Hebreos. Como ejemplo: nos dice Mora que "lo más patente de Hb. y a la vez lo más aleccionador es la radicalización —o sea, la inserción como en su raíz— de toda salvación humana en Jesucristo. Y a la vez, y como base de esta radicalización, el sincero *teologismo* de Hb.: todo parte de la iniciativa divina y todo está llamado a volver a El en un grandioso retorno cultural (1,14; 2,10; 9,11-14; 10,10-25)... Respecto de la *crisología* es de perenne actualidad la visión unitaria que Hb. ha logrado de toda la vida y la obra de Jesús, desde su encarnación hasta su entronización (en los cielos). Hb. no elabora su teología a partir del binomio muerte-resurrección, sino de un núcleo único que da cohesión e inteligibilidad a toda la crisología: el sacrificio como entrega absoluta del Hijo-hombre a Dios Padre (9,11-12)... " (pp. 246-247).

Y ahora vamos a comentar una colección, titulada Cuadernos Bíblicos. Y comenzaremos por el "cuaderno" de A. Vanhoye, *El Mensaje de la Carta a los Hebreos*<sup>6</sup>. El autor, especialista en el tema, nos presenta, de una manera sencilla y asequible a cualquier lector de mediana cultura, el fruto de su tesis doctoral sobre la estructura de la Carta a los Hebreos.

Esta Carta es una obra maestra sobre el sacerdocio de Cristo. De aquí que comience por señalar el problema del "sacerdocio" para el cristianismo naciente, a partir de la concepción cultural del sacerdocio antiguo (pp. 11-18). A continuación expone la estructura literaria de la Carta: si se tienen en cuenta los diversos procedimientos de composición (anuncios de los temas, inclusiones, géneros literarios —dos, el expositivo y el exhortativo—,

<sup>5</sup> Cfr. *Biblica*, 57 (1976), pp. 289-291; *Scripta Theologica*, 8 (1976), pp. 758-759.

<sup>6</sup> A. Vanhoye, *El Mensaje de la Carta a los Hebreos*, Editorial Verbo Divino, Estela (Navarra), 1978, 60 págs.

palabras características en cada desarrollo, palabra-gancho, y disposiciones simétricas), la Carta se divide en cinco partes (pp. 19-30), cuyo esquema se puede ver en la página central. Sigue a continuación, terminando este "cuaderno", "una profundización en la fe y en la vida cristiana", que se ha de leer Biblia en mano, y leyendo el respectivo pasaje de la Carta.

Es muy exacto lo que el autor dice al final: "cuando más se medita la Carta a los Hebreos —con la guía, por supuesto, que el autor nos da partiendo del estudio de la estructura literaria de la Carta— más admirado queda uno de las riquezas que nos ofrece. A la cuestión que se planteaban los cristianos (sobre el sacerdocio de Cristo)... el autor ha contestado con una penetración extraordinaria. Su respuesta es francamente positiva... pero no es una respuesta simplista. Lejos de aplicar sin más al ministerio de Cristo la idea que (los primeros cristianos) se forjaban del sacerdocio (según el modelo del AT), ha profundizado en su sentido hasta renovarlo por completo. Puede mostrar entonces que Cristo no solamente posee el sacerdocio, sino que es el único sacerdote en el sentido pleno de la palabra, ya que es el único que ha abierto a los hombres el camino que lleva a Dios y los une entre sí" (p. 57).

Resumamos el pensamiento del autor sobre el sacerdocio de Cristo. Es la más interesante originalidad de la Carta. Es el único libro del Nuevo Testamento que afirma explícita y detenidamente el sacerdocio de Cristo: S. Pablo no trata, de propósito, este tema; y los Evangelios, cuando usan el término de sacerdote o de sumo sacerdote, lo hacen para designar a los sacerdotes judíos, y nunca para referirse a Jesús. Solamente el tercer Evangelio insinúa el tema cuando nos presenta a Jesús que "...levantando las manos, los bendijo y mientras los bendecía..." se fue de su vista (Lc. 24,50-51): la actitud de Cristo es la del Sumo Sacerdote que bendice a su pueblo y lo encontramos dos veces en el Antiguo Testamento (Lv 9,22-24, cuando se consagra al sumo sacerdote; Eclo. 50-20, al final de la liturgia de la expiación). Ahora bien, todo el AT está lleno del sacerdocio como institución. Esto planteaba, a los cristianos, una cuestión grave e ineludible: el cumplimiento del AT, llevado a cabo por Jesucristo, ¿encerraba —si o no— una dimensión sacerdotal? La solución la encontró el autor de la Carta a los Hebreos, quien, en lugar de detenerse en las prescripciones rituales del culto antiguo, sometió a este culto a un análisis riguroso, dejándose guiar por la misma Biblia. Y, una vez hecho esto, demostró que Jesús había realizado el "proyecto fundamental" del sacerdocio de todos los tiempos, y lo había llevado a buen fin. ¿Cómo? Descubre, en el sacerdocio del AT, un doble movimiento: el *ascendente*, por una serie de separaciones rituales, cuya cima es la ofrenda de un animal inmolado (conviene recordar que en los sacrificios no se ofrece un cadáver, sino la sangre, símbolo de la vida. Si adquiriéramos la costumbre de sustituir la palabra "sangre" derramada por la idea de "vida" ofrecida, muchos textos bíblicos se harían tremendamente evocadores). Después de este movimiento ascendente, el sacerdote llega a la morada de Dios: si el sacrificio ofrecido es aceptado, el sacerdote que lo ha ofrecido entrará en contacto con Dios, y sus plegarias serán escuchadas. El pueblo por él representado se encontrará, por su mediación, en buenas relaciones con Dios y obtendrá lo que pida: el perdón de las faltas, el fin de las calamidades que lo afligen, las instrucciones que necesita para encontrar el camino a través de las perplejidades de la vida, y finalmente las bendiciones divinas en todos los sectores de la existencia humana. Este es el movimiento *descendente*, cuya realidad depende del movimiento *ascendente anterior*. Este es el esquema de la mediación sacerdotal que el autor de la Carta a los Hebreos descubre en Cristo, cambiando

—como dijimos— la mentalidad de los cristianos respecto del sacerdocio, y profundizando ciertos aspectos del misterio de Cristo, dejados de lado por otros autores. La Iglesia ha reconocido en su obra un escrito inspirado por el Espíritu Santo, palabra de Dios dirigida al pueblo de Dios que forma parte, por consiguiente, del NT.

Otro “cuaderno”, titulado *El Evangelio según San Mateo*<sup>7</sup>, obra de dos autores (en la p. 5, nota 1, se indica lo que cada uno ha escrito), no es un comentario textual, sino “global”, que trata de percibir el conjunto del evangelio y sus grandes intuiciones (y esto mismo vale de los “cuadernos” siguiente). El resultado de esta visión global nos lo dan los autores bajo el título de *Una lectura de Mateo* (p. 20), en dos grandes partes: una, centrada en el bautismo de Jesús y las tentaciones (Mt. 3-4); y la otra, centrada en la confesión de Pedro en Cesarea (Mt. 16,13 a 17,27). Estos dos “episodios-eje” están bien elegidos, porque después de ambos se repite la frase: a partir de entonces Jesús comenzó a...”, en un caso, a “predicar y decir: ... el Reino de los Cielos ha llegado” (Mt. 4,17); y en el otro, “desde entonces comenzó Jesús a manifestar ... que El debía ... sufrir mucho” (Mt. 16,21). El “prólogo” lo constituye el relato de la Infancia (Mt. 1-2). Y no se diga que esta lectura es simplista; pero sí simple y facilita mucho la “lectura continua” de este Evangelio, contenida en los formularios litúrgicos.

En el siguiente “cuaderno”, *El Evangelio según S. Marcos*<sup>8</sup>, J. Delorme, conocido especialista en el segundo Evangelista, nos enseña a “descubrir las líneas maestras de un evangelio más rico de lo que parece a primera vista (la introducción se titula acertadamente *Descubriendo de nuevo el Evangelio de Marcos*), y nos introduce en el drama que allí se desarrolla (la segunda lectura se titula “el desarrollo de un drama”). “(Todos) ... encontrarán en este cuaderno un excelente instrumento de trabajo (y a esto apuntan las frecuentes citas, muy bien seleccionadas, que tanto en este “cuaderno” como en los demás abren interesantes “pistas de trabajo”) y de meditación (este es el objetivo último del texto y de las citas que acabamos de mencionar) que les permitirán situar los pasajes recogidos en el leccionario (véase la lista en pp. 114-115) dentro del dinamismo del conjunto de la obra” (p. 5; nos hemos permitido poner, entre paréntesis, algunas pocas frases que confirman lo que el autor dice en el texto citado).

El siguiente “cuaderno”, titulado *El Evangelio según S. Lucas*<sup>9</sup>, divide este Evangelio en tres grandes partes: después de la introducción o prólogo (Lc. 1,5 a 4,13) que presenta el misterio de Jesús en toda su claridad en una serie de palabras divinas, la primera parte nos presenta los hechos y las palabras de Jesús por las que Jesús va llevando a sus discípulos a vislumbrar que es el Cristo, el Hijo de Dios; la segunda parte, o subida de Jesús a Jerusalén, está completamente orientada al acontecimiento paschal; y la tercera, ya en Jerusalén, manifiesta cómo Jesús, a través de su pasión, resucita (p. 12). Pero S. Lucas es “el evangelista de la oración” y de “el perdón”: y nuestro autor dedica sendos comentarios a estas dos características del evangelio lucano.

Antes de pasar a comentar brevemente otros “cuadernos”, digamos que una característica común de los tres es un índice de algunos temas más importantes en cada “cuaderno”.

<sup>7</sup> P. le Poittevin y E. Charpentier, *El Evangelio según S. Mateo*, ibidem, 1978, 68 págs.

<sup>8</sup> J. Delorme, *El Evangelio según S. Marcos*, ibidem, 1978, 119 págs.

<sup>9</sup> A. George, *El Evangelio según S. Lucas*, ibidem; 1978, 71 págs.

El siguiente “cuaderno” se titula *El Evangelio según S. Juan*<sup>10</sup>: una simple introducción a la lectura de este rico evangelio “espiritual”: “hay que entender bien esta designación de ‘espiritual’ —nos dice la autora—. No hemos de prestarle ese sentido blando y sin relieve que a veces le dan las lenguas modernas, sino el sentido vibrante de ‘animado por el espíritu’. Si este epíteto se le ha reservado al evangelio de Juan —a pesar de que Biblia por entero es ‘espiritual’— ha sido sin duda debido a la profundidad de la mirada que dirige sobre el misterio de Cristo” (p. 5). ¿Cómo presentar globalmente —como es la intención de esta “colección”— este evangelio tan rico? La autora considera que es mejor hacerlo partiendo de esta hipótesis de trabajo: “a lo largo de todo el evangelio, se entrelazan diversos temas: nacen, desaparecen, vuelven a brotar, lo mismo que los motivos de una fuga musical... Sin embargo, el análisis tiene que recaer sobre episodios separados. El método menos artificial parece ser... en este caso seguir el orden del texto... Naturalmente, es imposible en este lugar hacer un estudio exhaustivo del evangelio. Ahondaremos más en algunos episodios... (y) nos esforzaremos por descubrir los puntos más luminosos para la doctrina del evangelista” (pp. 28-31). Nada más... pero nada menos.

Como los anteriores “cuadernos”, éste tiene también útiles indicaciones que pueden servir para “trabajos prácticos”, sea un grupo, sea en privado. Otros cuadernos han sido publicados, sobre el *Apocalipsis*, sobre los *Milagros en los Evangelios*, sobre los *Relatos de la Infancia de Jesús* en Mateo y Lucas... y también sobre diversos libros —o aspectos— del Antiguo y del Nuevo Testamento. Recomendamos vivamente su lectura —de unos “cuadernos” más que de otros— porque facilitarán una vida espiritual inspirada en la Escritura.

*La verdad de Jesús*, de I. de Potterie<sup>11</sup> es la obra de un especialista y exégeta en los estudios joaneos. Había escrito, en 1973, un trabajo homónimo en italiano (Marietti) con el subtítulo de *Estudios de cristología joanea*. El tema del libro es pues éste último, tema sobre el cual hace algunos años faltaban estudios, y ahora más bien sobran, y por eso es bueno contar con éste de nuestro autor. En la introducción se explica muy bien lo nuevo de este libro respecto del anterior en italiano (cc. 6,9,10 y 11); lo reelaborado (cc. 7 y 8); la razón del título (*La verdad de Jesús*, porque la revelación se cumple en El, p. VII); y las partes del libro (p. VIII). También se advierte que “algunos de estos estudios de cristología joanea son un poco más técnicos, otros, de estilo más suelto” (ib.). En cada uno de los capítulos se indica la primera publicación de los mismos, anterior a este libro. Alguien ha dicho que “la presente obra no es fácil de asimilar para un lector no iniciado en la exégesis”<sup>12</sup>. Puede deberse al “...carácter

<sup>10</sup> A. Jaubert, *El Evangelio según S. Juan*, ibidem, 72 págs. Téngase en cuenta otra obra de la misma autora —con las características de ser un comentario más bien “global”, titulado *Approches de l'Évangile de Jean*, Du Seuil, París, 1976: es mucho más técnico, pero aún así ayuda en la preparación de la oración diaria sobre el cuarto evangelio y sus grandes temas teológicos. Recordemos también, de la misma autora, su trabajo titulado *La date de la dernière Cène*, Revue de l'Histoire des Religions, 146 (1954), pp. 149-173. Véase, acerca de este último trabajo, E. Vogt, *Une lumière nouvelle sur la semaine de la Passion*, Christus, 3 (1956), pp. 413-421.

<sup>11</sup> I. de la Potterie, *La Verdad de Jesús*, BAC, Madrid, 1979, 330 págs.

<sup>12</sup> Cfr. Biblia y Fe, 6 (1980), p. 122.

marcadamente técnico de algunos temas”<sup>13</sup>. Pero a veces este tecnicismo es necesario porque, como dice de la Potterie, vivimos “...en un tiempo en el que con demasiada frecuencia algunos teólogos ponen en tela de juicio aspectos fundamentales de la cristología...” (p. VIII): estos teólogos usan también un aparato crítico impresionante y, sin embargo, la gente los lee. Por eso pensamos que será muy útil el libro de la Potterie. Por ejemplo, para entender la riqueza de la frase tan repetida en S. Juan —sobre todo en el Apocalipsis— de que Cristo es el “Cordero de Dios”; o para entender mejor la noción del testimonio en S. Juan, etc., etc. La obra termina con un índice exhaustivo de referencias bíblicas comentadas en el texto.

La obra de R. Schnackenburg, *Cartas de San Juan*<sup>14</sup>, cuando fue publicada por primera vez en 1953, fue muy alabada por los críticos; y lo mismo ha sucedido en sus diversas ediciones, corregidas y aumentadas (la última, en alemán, es de 1974; y sobre ella se basa esta traducción castellana). En el prólogo (pp. 9-10), el mismo autor explica la reelaboración de esta obra que ha tenido en cuenta el descubrimiento de fuentes, y los estudios publicados por diversos especialistas. Esta obra, parte del Comentario teológico al Nuevo Testamento, merecía una publicación aparte en castellano, dados los conocimientos joaneos de su autor. Abarca —como dice el subtítulo— la versión, la introducción y el comentario de las Cartas de S. Juan. La versión está incorporada al comentario; y la introducción al comentario de cada Carta (la primera, por una parte; y la segunda y tercera, por la otra), trata detalladamente de todo lo que interesa al estudio teológico e histórico de las Cartas: forma externa y carácter, estilo y forma de escribir, estructura y unidad, etc., etc., haciendo así una presentación de las propiedades características de las Cartas de S. Juan y de su ambiente religioso e histórico.

El comentario se ciñe a los diversos grupos de versículos, y en él se combinan el análisis —con frecuencia filológico— y la síntesis, sobre todo en lo que se refiere a la teología joanea. Doce “excursus”, al margen de los versículos comentados, presentan temas “mayores” de la teología joanea (unión con Dios, amor fraterno, Espíritu, etc.). Al principio se presenta una bibliografía completa, dividida en textos y comentarios (con las oportunas subdivisiones), y las abreviaturas usadas. Y al final un índice analítico selecto, y el de las palabras griegas. Lástima que las “notas al pie de página” se hayan puesto todas al final: no es demasiado difícil, para la editorial, ponerlas en su lugar; y así como están, dificultan su consulta rápida —para ver si interesan o no al lector—. Decimos esto último porque tal vez se pensó en aligerar al texto de un exceso de tecnicismo.

En el comentario que es lo central de esta obra, aunque supone el valor de la versión (que, cuando es buena, es fruto de un buen comentario), nuestro autor pondera mucho sus afirmaciones. Por ejemplo, la siguiente: “al autor —Juan— le acucia un objetivo práctico, (como) lo revela asimismo la palabra acerca del triunfo sobre los contradictores. Con plena conciencia y franqueza (tiempo perfecto) proclama ante sus lectores... —como había hecho en 2,13-14— que han conseguido la victoria... Sólo que ahora da suscitadamente como motivo de su superioridad que ‘es mayor el que está en vosotros que el que está en el mundo’. Precisamente por el estrecho parentesco de ambos pasajes, no queda la menor duda de que con-

<sup>13</sup> Cfr. *Naturaleza y Gracia*, 26 (1979), p. 425.

<sup>14</sup> R. Schnackenburg, *Cartas de San Juan*, Herder, Barcelona, 1980.

aquella expresión, ‘el maligno’ (2,14), se piensa en el propio Satán en persona. Esto tiene una doble importancia teológica. Primero, se afirma que el espíritu del anticristo (4,3) procede de ese dirigente del mundo, contrario... Segundo, no es casual que se evite el giro... exigido por el paralelismo. El autor no teme la audacia de atribuir la misma influencia directa, la misma *inhabitación* realista que a Dios, a pesar de estar persuadido del poder nefasto que la acción diabólica ejerce en el mundo (5,19). Junto con 2,13 s., 5,4s. y 18 c., esta palabra constituye uno de los testimonios más soberanos en favor de la conciencia de la fuerza y de la seguridad de victoria del cristianismo joánico...” (pp. 249-250). Para concluir, digamos que es una hermosa obra, densa de contenido, y que es más para la consulta (mediante las referencias internas y los índices, sean de temas, sean de palabras griegas) que para la lectura corrida. Es un buen antídoto para tantos libros superficiales, sean teológicos, sean escriturísticos, sobre los temas de las Cartas de S. Juan.

Nos acaba de llegar D. Mollat, *Etudes johanniques*<sup>15</sup>, como parte de la colección *Parole de Dieu*. En el prólogo, J. Guillet nos habla de la personalidad de su autor, fallecido hace aproximadamente cuatro años, y del origen de esta publicación, debida al trabajo de los discípulos del que fuera profesor en la Universidad Gregoriana de Roma. Mollat —nos dice Guillet— ha sido siempre un hombre que se ha ocultado junto a otros: sus obras son artículos de revistas o de diccionarios; y la traducción y anotación del Evangelio de San Juan en la Biblia de Jerusalén, es un trabajo entre otros. Y el único libro que de él se conoce, *Saint Jean, Maître spirituel*, no es sino el desarrollo de un artículo del *Dictionnaire de spiritualité*, publicado poco antes de su muerte. El nuevo libro, publicado después de su muerte, recoge algunos de sus estudios más significativos (véase su lista en la p. 185). El orden con que se presentan es más o menos el del Evangelio (pp. 11-12). No forman un conjunto completo, sino que son fragmentos; y, sin embargo, nos hacen partícipes de una visión global, tal vez más rica que la multitud de los detalles que caracterizan a otros comentarios (Brown, Schnackenburg, etc.). Ese era, por otra parte, el método de Mollat (si ese que se puede hablar de método, siendo tan distinto al de la *Formgeschichte* o al del análisis estructural). Y es tal vez el que más corresponde al del Evangelista Juan.

Hasta aquí no hemos hecho más repetir, simplificando y abreviando lo que Guillet nos dice en el prólogo. Añadiríamos que su lectura llega al alma: véase, por ejemplo, la presentación del tema de la “conversión” en S. Juan, tema que podría parecer ausente del cuarto evangelio, y que sin embargo Mollat demuestra estar muy presente, como en los profetas clásicos de la conversión, Oseas y Jeremías (nos referimos al cap. III, pp. 56 ss.). O la explicación de Jn. 20, 8 (“vio y creyó”): es notable la visión de conjunto que ofrece de este capítulo, antes de comentar ajustadamente este versículo: “para captar su alcance, hay que situar este versículo en el conjunto del cap. 20, que forma un todo, dominado por la fórmula ‘ver y creer’. Esta fórmula no concluye solamente el episodio de la tumba vacía, sino también... el episodio de la incredulidad de Tomás: ‘Porque has visto, has creído’... Las dos frases (la segunda en forma inversa a la primera) se corresponden en los dos extremos del capítulo” (pp. 145-146). Por eso no podemos menos de recomendar la lectura de este libro póstumo, valioso por los conocimientos exegéticos y teológicos y —tal vez más— por la vida espiritual personal que refleja.

<sup>15</sup> D. Mollat, *Etudes johanniques*, Du Seuil, París, 1979, 188 págs.

*El Evangelio según San Juan*, de J. Blank<sup>16</sup>, completa la colección *El Nuevo Testamento y su Mensaje*, y no por completo, porque sólo se publica el segundo tomo en castellano. El autor comienza por explicar esto último en el prólogo (p. 7 ss.; cfr. *Krisis*, Herder, Freiburg, 1964). Se trata para él de encontrar la mejor perspectiva acerca del propósito teológico del último de los evangelios canónicos; y de ayudar a la meditación, que es el objetivo de la colección de la cual este libro forma parte. Ahora bien, el carácter *meditativo* (luego comentaremos esta palabra, que el autor no entiende como nosotros, o como el común de los lectores) del Evangelio de S. Juan se manifiesta sobre todo en los discursos de la Última Cena. Dejemos las breves consideraciones de tipo histórico que el autor hace (sobre la formación, la historia de la tradición, el autor y las relaciones con los otros evangelios)—aunque son importantes para los fines de esta obra—, para situar la misma. El autor nos observa que “desde el comienzo de esta colección (se refiere a *El Nuevo Testamento y su Mensaje*, en 1961), muchas son las cosas que han cambiado en el panorama teológico y eclesialístico... Por eso querría explicar brevemente mi concepción de la tarea que he acometido—en este último libro, que cierra la colección—. He dicho ya (o sea, más arriba) que la forma de meditación pertenece al carácter fundamental del cuarto evangelio. Por ende, sería una tarea importante... mostrar la estructura meditativa de ese texto... Será importante (por tanto) aclarar lo más posible las cuestiones teológicas vinculadas directamente con la estructura meditativa del texto. A ello se enderezan sobre todo las largas introducciones al comienzo de las distintas secciones. Estas contienen asimismo la imprescindible información exegética, sin la que, a mi entender, no es posible una meditación razonada...” (pp. 13-14; nos hemos permitido subrayar, por nuestra cuenta, todas las veces que el autor habla de meditación, de forma o estructura meditativa del texto, etc., porque luego lo pensamos comentar de propósito y teniendo en cuenta el boletín bibliográfico del que forma parte nuestro comentario).

La introducción exegética y teológica (pp. 15-31), la primera en este tomo, llama la atención sobre la longitud de los “discursos de despedida”, y sobre su orientación teológica peculiar en el cuarto Evangelio. Estos discursos forman parte de un determinado “género literario”, que ofrece sus “modelos” tanto en el Antiguo Testamento como en la tradición: y, en el caso del cuarto Evangelio, sirven para señalar el centro de la teología jaónica de la actualización y, hasta cierto punto, son su clave (y por eso el autor comienza su comentario del Evangelio de S. Juan por estos “discursos de despedida”). En realidad, son dos “discursos de despedida”, precedidos por la “última cena y lavatorio de los pies” y que concluyen con la “oración suprema de Jesús”. Y están dominados por el tema de la partida de Jesús: una y otra vez resalta ese motivo, más aún, es el que le confiere la unidad sentimental a todo el cuadro; pero es un punto de partida que, en el caso de Jesús, no significa que “todo ha acabado”, sino que es verdadero comienzo. Para el mundo, Jesús ya no está aquí; pero, para el creyente, todavía—aunque en otra forma— está aquí. Pero el creyente puede participar, a momentos, de la incredulidad del mundo en donde está (“mi Reino no es de este mundo”, pero está en el mundo; cfr. pp. 12-13): las distintas ignorancias (o preguntas) que abundan en estos discursos, provocan una reflexión profunda en cada lector actual; están al servicio de una profundización del “no ver y creer”. La introducción termina con unas pocas observaciones,

<sup>16</sup> J. Blank, *El Evangelio según San Juan*, Herder, Barcelona, 1979, 279 págs.

muy atinadas, sobre el “abogado” el “Espíritu Santo” o el “Espíritu de verdad” (pp. 28-31; luego volveremos sobre este tema, importante para una “lectura espiritual” de la Biblia); salvo las pocas frases finales, sobre “la asistencia del Espíritu... a la totalidad de los discípulos de Jesús... sin que reconozca—Juan—ningún círculo de ministros jerárquicos”, cuando precisamente los discursos de Jesús se refieren directamente a los apóstoles, el primer círculo de ministros jerárquicos de la Iglesia de todos los tiempos, agraciado por un don especial del Espíritu.

Dijimos más arriba que los discursos de los capítulos 13 a 17 (objeto de este tomo segundo, el primero en ser publicado) son la clave de la teología jaónica de la actualización (acerca de esta teología, tener en cuenta la obra antes mencionada, *Krisis*, que fue la tesis doctoral de nuestro autor); y esta es una razón por la cual se publica en primer lugar este tomo segundo. La otra razón de anteponer la publicación del tomo segundo a la del primero es porque “una exposición de este evangelio—el de S. Juan— para la meditación (objetivo de la colección *El Nuevo Testamento y su Mensaje*) debe consistir precisamente en poner de manifiesto el carácter meditativo del escrito. Ahora bien, los principios y premisas de esa meditación en ningún otro pasaje se expresan con mayor claridad que en los discursos de despedida. Por este motivo considero justificada la aproximación (al Evangelio de S. Juan) tal como aquí se propone” (p. 8).

Los anteriores volúmenes de la colección titulada *El Nuevo Testamento y su Mensaje* eran un comentario en que la exégesis se disimulaba—por así decirlo—o mezclaba con la misma meditación del texto. Este volumen, en cambio, separa la una de la otra: primero se presenta (por supuesto, después del texto) la “exégesis” y luego la “meditación” correspondiente; y está bien esta separación<sup>17</sup>.

No está tan bien, sin embargo, la exégesis que hace el autor, porque con frecuencia se olvida que, según el Vaticano II, “la sagrada tradición, la Sagrada Escritura y el magisterio de la Iglesia, por designio sapientísimo de Dios, se traban y asocian entre sí de forma que uno no subsiste sin los otros, y todos juntos, cada uno a su modo, bajo la acción del único Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salud de las almas” (*Dei Verbum* n. 10). Nos parece que con frecuencia la exégesis del autor prescinde de la tradición y sobre todo del magisterio. Nos parece que una exégesis tan “científica” (si “científica” se puede llamar una exégesis que olvida las reglas fundamentales de una ciencia tan peculiar como la exégesis cristiana) puede tal vez ser útil para un núcleo reducido de lectores, pero no “edificará” (en el sentido paulino de este término) al común de los fieles a quienes esta colección, titulada *El Nuevo Testamento y su Mensaje*, apunta. No negamos con ello la libertad de la investigación y de su comunicación a los “pares”. Pero pensamos—con Juan Pablo II, en su discurso a los profesores de la Universidad de Washington (cfr. OR. XI (1979), n. 44, pág. 12)—que, en primer lugar, “la contribución del teólogo enriquecerá solamente a la Iglesia si toma en consideración la función propia—o magisterio—de los obispos”; y en

<sup>17</sup> S. Ignacio distingue, en sus Ejercicios Espirituales, entre “el fundamento verdadero de la historia”, que ha de dar el que dirige los Ejercicios, y la “meditación” o “contemplación” que ha de hacer el ejercitante (EE. 2). Ahora bien, el “fundamento verdadero de la historia” era un tecnicismo teológico en la exégesis de entonces, y significaba el sentido “literal” del texto escriturístico, o “hecho histórico” que el escritor sagrado establecía (cfr. H. de Lubac, *Exégèse médiévale*, Aubier, París, 1959, I/2: cap. 7, *Le fondement de l'histoire*, pp. 436-439).

segundo lugar, que “el fiel (como lo es la mayoría de los lectores de esta colección de la que forma parte el libro que comentamos) tiene derecho de no ser turbado por teorías e hipótesis sobre las cuales no es capaz de juzgar, o que pueden ser fácilmente simplificadas o manipuladas por la opinión pública” (Juan Pablo II ha dicho precedentemente que “la verdadera libertad académica ha de considerarse en relación con el objetivo final del trabajo académico, que mira a la verdad total de la persona humana”). Por lo demás, Blank ha dado muestra, en otros libros y escritos menores, de su concepción —errada, a nuestro juicio— de la exégesis como independiente del magisterio y de la teología tradicional: la exégesis no es la única base de la teología, sino que, para ser “base” firme, debe ir acompañada de la tradición y del magisterio<sup>18</sup>.

En cuanto a lo que el autor llama “meditación”, pensamos que más bien es un “ensayo telógico” (si es que se puede llamar “teológico” un ensayo que sólo se quiere basar en la exégesis, prescindiendo, como acabamos de ver, de la tradición y del magisterio): diríamos que tiene más de “ensayo” (con lo que éste tiene de hipotético y problemático) que de “meditación” propiamente dicha. No es ciertamente una meditación como toda la tradición espiritual la ha concebido: un “ejercicio” en el cual “se da vuelta” al texto “en el corazón” (Lc. 2, 19)); una confrontación de la palabra inspirada con la historia personal<sup>19</sup>, etc., etc. Por eso pensamos que es un poco extraño que, a un “ensayo...” se lo llame meditación.

En definitiva, nos parece que la obra de Blank, sobre el Evangelio de S. Juan, no cabe —por las razones indicadas— dentro de la colección justamente llamada *El Nuevo Testamento y su Mensaje*, toda ella orientada a fomentar la oración del lector a partir de los textos del Nuevo Testamento<sup>20</sup>.

<sup>18</sup> Véase, por ejemplo, una obra anterior titulada *Jesus von Nazareth*; y también una artículo más reciente, titulado *Exegese als theologische Basiswissenschaft*, *Theologische Quartalschrift*, 159 (1979), pp. 2-23. Toda exégesis que se declara independiente de la tradición y del magisterio, no es “exégesis cristiana”, sino mero “trabajo preparatorio” para la misma, que sólo se ha de tener en cuenta dentro de ella si se conforma a la tradición y al magisterio. Ahora bien, un comentario de un texto evangélico que forma parte de una colección que se denomina *El Nuevo Testamento y su mensaje*, debe ser un mensaje conforme con dicha tradición y con dicho magisterio.

<sup>19</sup> Cfr. R. Laurentin, *Structure et Théologie de Luc. 1-2*, Gabalda, París, 1957, pp. 99-100. Véase también M. A. Fiorito, *Midrash bíblico y reflexión ignaciana*, *Ciencia y Fe*, 14 (1958), pp. 541-544. La meditación tiene en la espiritualidad de la iglesia, una larga y rica historia: como muestra, véase H. Bacht, *Meditatio in den ältesten Mönchsquellen*, *Geist u. Leben*, 28 (1955), pp. 360-373. En sucesivas entregas, esta misma revista continuó tratando este tema en la historia de la espiritualidad. En pocas palabras, el término que con mayor frecuencia usa la Escritura —fuente de la espiritualidad— para expresar esa oración interior, compuesta de reflexión, plegaria y mirada apacible, es en griego “melete” y en latín “meditatio”: es un trabajo de asimilación de lo que el ojo ha leído, de lo que el oído ha escuchado, y de lo que la memoria ha retenido; una “masticación” y “ruminación” de las ideas, a fin de penetrarlas completamente (cfr. *De la vida de oración*, Rialp, Madrid, 1953, pp. 18 ss.). Pero estas ideas son el fruto de una “lectura en Iglesia”, y no fuera de ella; por tanto, de una exégesis que tiene en cuenta, como decía el Vaticano II, la tradición y el magisterio.

<sup>20</sup> Para dar un nuevo ejemplo de lo que queremos decir, léase la “meditación” final (pp. 283-297): tiene juiciosas observaciones sobre la unidad

de S. Pablo; segunda parte, los textos de los Evangelios relativos a las apariciones (y la tumba vacía), y a todo lo que se refiere a la creencia en la resurrección. Algún crítico le objeta un cierto “concordismo”: “pasa —dice— demasiado fácilmente del texto a la historia”<sup>26</sup>; pero, como dice otro crítico, es un libro más dirigido a la fe que a la sola razón<sup>27</sup>. Como dice muy bien el mismo autor en la conclusión, “... nos encontramos en presencia de una situación excepcional: el objeto del testimonio de los apóstoles (sobre la resurrección del Señor) no se sitúa en el plano ordinario de la historia... La resurrección trasciende... la razón humana... Forma parte del objeto de nuestra fe, aún cuando las apariciones fueran para los apóstoles —y, en consecuencia, para nosotros— motivos para creer. Por esta razón... ningún raciocinio puede producir esta fe que supera el método histórico al igual que la resurrección trasciende la historia. Volvemos a encontrar aquí los dos caracteres del acto de fe: acto razonable, porque no carece de motivos, pero acto libre que no puede ser realizado, sin embargo, sin ayuda de la gracia divina, pues se trata de subir al mismo plano de Dios” (pp. 205-206). El libro termina con dos breves excursos, el uno sobre la exaltación y la resurrección —y su pretendida oposición—, y el otro —gramaticalmente técnico— sobre la duda evocada en Mt. 28, 17.

Un libro escrito con tanta fe ayudará en la oración sobre un hecho fundamental de nuestra fe: la Resurrección del Señor; porque si Cristo no ha resucitado, “... vacía es nuestra predicación, vacía también nuestra fe” (1 Co. 15, 14: todos los aspectos del mensaje cristiano y de la correspondiente aceptación creyente, no tienen sentido si no es con referencia a la realidad central, Cristo resucitado; sin ella, todo se desmorona).

La obra en tres volúmenes de J. M. Solé Roma (uno por cada ciclo litúrgico), titulada *Ministros de la Palabra*<sup>28</sup>, va a prestar un buen servicio tanto a éstos como a cualquier cristiano interesado en la meditación orante de la Palabra de Dios que, domingo a domingo —y también en sus fiestas más solemnes— la Iglesia presenta maternalmente en sus lecturas litúrgicas.

En la introducción, el mismo autor pondera el lugar que, a partir del Vaticano II, la liturgia de la palabra ha adquirido en la misa (*Sacrosanctum Concilium*, nn. 24, 56, etc.) y que se refleja también en el *Misal Romano* y en documentos posteriores de la Iglesia. Y asienta el principio de que “nadie puede ser ministro... de la Palabra de Dios si no la asimiló en la oración y meditación” (pp. 15-16). Y por este “principio” el autor ha escrito este hermoso libro: sencillo pero lleno de unción, desgrana los valores evangélicos de cada texto, sin pretender expresamente mostrar la unidad de los textos litúrgicos de cada formulario litúrgico, pero ayudando —cuanto esto es posible en un libro— a que cada lector descubra y goce —y, si es ministro sagrado, la manifieste al pueblo de Dios— esta unidad vital, cambiante en cada uno, pero idéntica en lo sustancial.

El texto, de fácil lectura e inspirador, se presenta en diversos párrafos según los distintos versículos —no todos— de cada lectura. Y tiene en cuenta, no sólo el contenido “intelectual” sino también el “afectivo” de cada texto. Es una lástima que, el libro (que también se dirige a los laicos, o a ministros sagrados que no han estudiado el latín), no haya traducido los pocos, pero selectos, textos en latín que contiene.

<sup>26</sup> Cfr. *Selecciones de Libros*, 16 (1979), p. 371.

<sup>27</sup> Cfr. *Esprit et Vie*, 87 (1977), pp. 455-456.

<sup>28</sup> J. M. Solé Roma, *Ministros de la Palabra* (homilias de los tres ciclos), Herder, Barcelona, 1979, 311 págs., 254 págs. y 263 págs.

La *Alegría de vivir en plenitud*, de J. de Bárbora<sup>29</sup>, es el fruto de muchos años de lectura asidua y de meditación constante, y ha sido la base de una reflexión, compartida en muchos retiros espirituales, con nuestra juventud: su tema es la Carta a los Efesios, de S. Pablo, que se comenta, según el estilo clásico de otros comentarios, por grupos de versículos, elegidos por el autor. El plan de toda la carta se divide en siete partes: líneas generales del plan de Dios, el ejecutor nato de dicho plan es Cristo, la Iglesia es su instrumento viviente, el hombre colabora en la unidad iglesia-universo, el hombre nuevo surge del plan de salvación, la familia como iglesia doméstica, y finalmente la lucha por la instauración del plan de salvación. Los primeros capítulos —según el mismo autor— se destacan por su tónica bíblico-teológica, porque son la preparación a los siguientes que, como la misma Carta a los Efesios, responden a una inquietud marcadamente pastoral. Es un libro hecho para ser leído y meditado, y no meramente para ser consultado. La pulcra presentación de la Editorial —a la que Ediciones Paulinas nos tiene acostumbrados— ayudará a esa lectura meditativa.

El libro de D. Izzi, *María en Familia*<sup>30</sup>, nos ha llegado en su primer volumen, que corresponde a una "meditación para cada día del Año Mariano" durante el Adviento y la Navidad en el ciclo "C" de las lecturas litúrgicas. Es una invitación, por medio de María, a un conocimiento más profundo del Señor durante este año (el lema del Año Mariano es "a Cristo por María").

Los temas de meditación están tomados, cada día de los días hábiles de la semana, de las lecturas del domingo siguiente. Los domingos, en cambio, se transcribe el texto litúrgico, para que se pueda leer en familia, y cada uno —teniendo en cuenta lo que ha escuchado en la misa dominical— pueda hacer un breve comentario más personal.

Es una obra, sencilla en su estilo, que hará bien, sobre todo a las familias sencillas de barrios y parroquias. Es un acierto el haber elegido, la lectura del domingo, como tema de la oración de todos los días de la semana anterior: es una manera de darle, a la lectura dominical, la importancia que tiene como la lectura del "día del Señor". Es también una manera de preparar la audición de la lectura dominical —y de la explicación sacerdotal— mediante la oración diaria de la semana previa. Y es finalmente una manera de "repetir" la oración sobre el mismo tema —el contenido en la lectura litúrgica dominical—: algunas personas se obligan a meditar, cada día, la lectura litúrgica de ese día; y así nunca "repiten" su oración sobre el mismo tema. Esto es un defecto a los ojos de S. Ignacio: en sus Ejercicios Espirituales, a medida que se avanza, el número de temas diarios disminuye (hasta el extremo de que, en tiempo de "elección", sólo da un tema diario para las cinco horas de oración de cada día; cfr. EE. 161). De un modo especial, durante la "Tercera semana", después de haber meditado todos sus "misterios", el último día propone la "contemplación de toda la pasión junta en el ejercicio de la media noche y de la mañana..." (EE. 208, "séptimo día"); y, "después de acabada la pasión...", un día entero *la mitad de toda la pasión*, y el (otro día) ... *la otra mitad*, y el tercer día *toda la pasión*" (EE. 209).

<sup>29</sup> J. de Bárbora, *Alegría de vivir en plenitud* (descubrimiento del sentido pleno de la vida a la luz de la Epístola de San Pablo a los Efesios), Ediciones Paulinas, Buenos Aires, 1979, 174 págs.

<sup>30</sup> D. Izzi, *María en Familia* (una meditación para cada día del Año Mariano); tomo I (Adviento y Navidad, ciclo litúrgico "C"), Centro Catequético "Lumen Christi", Morón (Argentina), 1980, 190 págs.

Se ve pues que, para S. Ignacio, la "repetición" es esencial en su concepción de la meditación o contemplación; y sobre ella da normas muy precisas en la "Primera" (EE. 62-64) y en la "Segunda semana" (EE. 118-120), que también se han de tener en cuenta en las "semanas" siguientes (EE. 204 y 226). E incluso —durante la "primera semana"— indica "coloquios" especiales después de algunas "repeticiones", como si el fin de una "repetición" fuera —como lo es— el crecer en "el sentir y gustar de las cosas internamente..." (EE. 2); mientras que la tendencia a no "repetir" puede nacer de un ansia desordenada de "mucho saber..." (ibidem). Por ello recomendamos el libro de Izzi, que nos hace "repetir", cada día, la oración sobre el texto litúrgico del domingo —o fiesta— siguiente.

*San Pablo y la Alegría*, de N. Beaupère<sup>31</sup> es un libro basado en las Cartas del Apóstol, que la autora maneja muy bien.

En la introducción, plantea el problema: "¿cómo conocer la alegría... cuando se extiende la desgracia por todos los puntos del globo? (p. 9). Y luego señala el camino que va a seguir para responder a este dilema inquietante: "...volver a la fuente y ponernos a la escucha del testimonio de aquellos hombres que han reconocido, en el Señor Jesús, el rostro de la alegría..." (p. 12); sobre todo, volver a San Pablo, que "ha dado a la alegría un lugar preferente en su evangelio" (ib.). El primer capítulo trata del "lenguaje de la alegría" (pp. 15-35). El segundo capítulo, de la alegría como "...repercusión de la Buena Noticia" (pp. 36-54). El tercero, de "la alegría apostólica de S. Pablo" (pp. 55-75). El cuarto, de "Cristo, alegría del cristiano" (pp. 76-100). El quinto, del "carisma de la alegría" (p. 101-121). El sexto capítulo, del "misterio de la alegría cristiana" (p. 122-142). Y, finalmente, en la conclusión, resume algunas de las líneas maestras de la exposición. (pp. 143-147).

Cerramos este "boletín bibliográfico" con una obra que no pertenece al mundo de la Biblia, pero que está muy cerca de ella, y puede ser objeto de meditación. Nos referimos a la colección *Foi Vivante* que nos vuelve a presentar los "Escritos de los Padres Apostólicos"<sup>32</sup>, o selección de los primeros textos del cristianismo después del Nuevo Testamento. Escritos preciosos por su antigüedad y como testigos de excepción de la primitiva Iglesia, iglesia en crecimiento, pero en la cual también —como en toda época de crecimiento— se daban grandes problemas. El primer tomo nos presenta, en primer lugar, la *Didaché* o *Doctrina de los doce apóstoles* (que puede datarse alrededor del año 100 de nuestra era), y la *Carta de Clemente Romano* (aún más antigua). El tomo tercero contiene *La Carta del pseudo-Bernabé* (a mediados del siglo II) y la *Carta a Diogneto* (más tardía, pero que merece ser puesta al alcance de un público mayor). El primer tomo contiene una introducción general a la colección; y luego una introducción particular de cada una de las obras publicadas, cuyo texto es dado luego con notas aclaratorias de valor. El segundo tomo, además de las sendas introducciones para cada uno de los documentos publicados y de los textos con sus notas aclaratorias, tiene, como apéndice, un selecto *léxico*, que nos muestra el

<sup>31</sup> N. Beaupère, *San Pablo y la Alegría*, Sígueme, Salamanca, 1975, 147 págs.

<sup>32</sup> *Les Ecrits des Peres Apostoliques*: (tomo I) *La Didaché, L'Épître de Clément de Rome*, 91 págs.; (tomo III) *Lettre de Bernabé, A Diognete*, 113 págs., Du Cerf, Paris, 1979.



nacimiento de un vocabulario cristiano (pp. 75-112). Util publicación de los *Padres Apostólicos* (denominación desconocida por el primitivo cristianismo, impuesta por los especialistas del siglo XVII), que tiene un contenido que ha ido variando. No indica, tal denominación, un grupo de escritos homogéneos, pero están estrechamente relacionados con los Escritos del Nuevo Testamento: se los puede considerar, pues, como eslabones de excepción entre la época de la revelación y la de la tradición, y como testigos de máxima importancia para la fe cristiana. Los Padres Apostólicos pertenecen a regiones muy distintas del Imperio romano, y escriben obedeciendo a circunstancias particulares. Pero, en su conjunto, constituyen un acervo uniforme de ideas y nos dan una imagen clara de la doctrina cristiana a fines del siglo I: de ahí la importancia del *léxico* sobre el vocabulario cristiano que nace, ofrecido en el tercer tomo que comentamos.

\* \* \*

Para terminar, repitamos una idea que hemos expuesto con anterioridad comentando uno de los libros: *si tomamos, como materia de oración diaria* (la oración es como “la respiración” y, por tanto, conviene hacerla, aunque más no sea, brevemente, todos los días) los textos litúrgicos del domingo (Antiguo y Nuevo Testamento), vamos a poder “repetir”; y si nos preparamos todos los días con los libros que hemos comentado (y con otros similares), vamos a poder profundizar en la inteligencia del “misterio”.

La gracia del Señor *puede darnos*, sin necesidad de esta profundización más intelectual, “el sentir y gustar de las cosas internamente” (EE. 2); pero si, *pudiendo prepararnos, no lo hacemos*, estamos “tentando a Dios”. “Dios nuestro Señor —nos dice S. Ignacio en Const. 814— quiere ser glorificado con lo que El da como Creador, que es lo natural (o profundización intelectual), y con lo que da como Autor de la gracia, que es lo sobrenatural. Y así deben procurarse los medios humanos o adquiridos con diligencia...” Y uno de estos “medios humanos” puede ser la lectura de un buen comentario, incluso técnico, de la Escritura.

Es evidente que, si se usa, como preparación a la oración, un buen comentario escriturístico (Schnackenburg, Schlier...), conviene llevarlo más de una vez a la oración, y hacer más “repeticiones” sobre él que sobre otro tipo de lectura más directamente espiritual.

Y es evidente, además, que esta necesidad de lecturas más especializadas es mayor cuando se trata de uno que tiene alguna responsabilidad sobre los prójimos, que cuando únicamente se trata de uno que sólo tiene responsabilidad sobre sí mismo (pero, ¿hay alguno que sólo tenga responsabilidad sobre sí mismo?).

Por último, y para que no se nos entienda mal, la necesidad de un buen comentario radica —como dijimos más arriba— en que ayuda a conocer “el fundamento verdadero de la historia...” (EE. 2), o primer sentido de la Escritura, que ha de ser tomado por “la persona que contempla... (para que éste) discurrendo y razonando por sí mismo...”, pueda hallar alguna cosa que le “... haga más declarar o sentir la historia, sea por razonamiento propio, sea en cuanto el entendimiento es iluminado por la virtud divina...”, porque esto “... es de más gusto y fruto espiritual” que si se leyera un libro que nos diera, además del “fundamento verdadero de la historia”, las consideraciones personales del autor.

## SAGRADA ESCRITURA

M. C. Teeney, *Gálatas*. La carta de la libertad cristiana, Literatura Evangélica, Madrid, 1973, 229 págs. Esta Carta, que fue la piedra angular de la reforma protestante (el comentario de Lutero a esta Carta fue el manifiesto razonado) es ahora objeto del comentario —de tipo popular— de un hermano separado. En la introducción, su autor nos dice los distintos métodos que va a usar, diez en total: el sintético, que nos muestra la Carta como una unidad, tratando de comprender su significado completo; el crítico, que examina cuidadosamente las implicaciones de la misma, para averiguar el tiempo y condiciones en que se supone fue escrito; el biográfico, en que reconstituye —en lo posible— la figura del autor y de sus asociados, interpretando la Carta a la luz de estos personajes; el histórico, que tiene en cuenta las circunstancias históricas y geográficas del libro; el teológico, etc., etc.; y el último método tenido en cuenta es el devocional, que busca aplicar el significado del lenguaje apostólico a la vida personal del lector. Lástima que no se publica, al menos en esta versión. La sección bibliográfica tampoco se halla en esta versión, sino al final de la versión inglesa.

E. Trenchard, *La primera epístola del apóstol Pablo a los Corintios*, Literatura Bíblica, Madrid, 1970, 348, con un mapa adicional de los viajes de S. Pablo. El autor, conocido en los círculos de los hermanos separados por sus diversos comentarios a las Cartas de S. Pablo, agrega éste. La ocasión parece haber sido el “don de lenguas” (desarrollado, a lo que parece, en “el movimiento carismático”). Cada capítulo termina con “preguntas” (propias de un libro de texto para “cursos de estudio bíblico”), que son como “temas para recapacitar y meditar”. Cierra el libro una bibliografía selecta, sobre todo de los comentarios en inglés que el autor más ha usado.

R. Macken, *La “Lectura ordinaria super Sacram Scripturam” atribuída a Henri de Gand*, Nauwelaerts, Louvain, 1972, 290 págs. Pertenece a una colección que nos tiene habituados a la altura de las obras que publica: en este caso, se trata de un comentario inédito sobre los tres primeros capítulos del Génesis, atribuido al “doctor Solemnis”, título con que se designa a Enrique de Gantes, filósofo y teólogo que enseñó en la Universidad de París entre 1275 y 1292. En la introducción Macken describe el manuscrito que va a publicar, su origen e historia, así como la bibliografía y su atribución a Enrique de Gantes, la data de su composición, su valor, y el contenido, así como su interés. Termina esta introducción explicando la técnica de la edición presente. La “Lectura ordinaria super Sacram Scripturam” es como el comienzo de la enseñanza; y contiene, por supuesto, una doble introducción, la una a toda la Escritura, y la otra al Génesis en particular. Sigue el